

nacen del seno de las pasiones, ó mas bien, no son mas que las pasiones reducidas á sus límites justos.

Entonces nos enseñó Aristóteles un escrito de tres columnas, en que las mas de las virtudes estaban colocadas entre dos extremos. He conservado este extracto para la instruccion de Lisis.

EXCESO.	MEDIO.	DEFECTO ó extremo contrario.
<i>Audacia.</i>	<i>Valor.</i>	<i>Timidez.</i>
<i>Destemplanza.</i>	<i>Templanza.</i>	<i>Insensibilidad.</i>
<i>Prodigalidad.</i>	<i>Liberalidad.</i>	<i>Avaricia.</i>
<i>Fausto.</i>	<i>Magnificencia.</i>	<i>Parsimonia.</i>
.....	<i>Magnanimidad.</i>	<i>Bajeza.</i>
<i>Apetia.</i>	<i>Suavidad.</i>	<i>Ira.</i>
<i>Jactancia.</i>	<i>Verdad.</i>	<i>Disimulacion.</i>
<i>Bufoneria.</i>	<i>Jocosidad.</i>	<i>Rusticidad.</i>
<i>Adulacion.</i>	<i>Amistad.</i>	<i>Odio.</i>
<i>Estupor.</i>	<i>Modestia.</i>	<i>Descaro.</i>
<i>Envidia.</i>
<i>Astucia.</i>	<i>Prudencia.</i>	<i>Estupidez, etc.</i>

Así la liberalidad está entre la avaricia y la

prodigalidad; la amistad entre la aversion ó el odio, y la condescendencia ó la adulacion. Como la prudencia por su naturaleza pertenece al alma racional, y por sus funciones á la sensitiva, va acompañada de la astucia, que es un vicio del corazon; y de la estupidez, que es un defecto del espíritu. La templanza es contraria á la destemplanza, que es su exceso. Se ha puesto la insensibilidad por el otro extremo, y es, dijo Aristóteles, porque en punto á placer nunca se peca por defecto, á menos que uno no sea insensible. Hallais, añadió, algunos vacíos en esta tabla, y consiste en que nuestra lengua no tiene bastantes palabras para expresar todos los afectos de nuestra alma: por ejemplo, no la tiene para caracterizar la virtud contraria á la envidia; sin embargo se la reconoce en la indignacion que los felices sucesos de los malos excitan en una alma buena*.

* Aristóteles dice que Platon habia tomado de los pitagóricos una parte de su doctrina sobre los principios. Tambien siguiéndolos, compuso Aristóteles aquella escala ingeniosa que pone cada virtud entre dos vicios, de los que el uno peca por defecto, y el otro por exceso. Véase lo que dice Teages.

La tabla que presento en este capítulo, está compuesta de una parte de la escala de Aristóteles, y de algunas definiciones esparcidas en sus tres tratados de moral; el primero dirigido á Nicómaco, el segundo que se llama *grandes Morales*, y el tercero dirigido á Eudemo. Un estudio meditado de estos tres tratados, puede dar el verdadero significado de las palabras, que usan los

Sea de esto lo que fuese, los dos vicios correspondientes á una virtud pueden distar mas ó menos de ella, sin dejar de ser reprecensibles. Se puede ser mas ó menos cobarde, mas ó menos pródigo; pero solamente de un modo se puede ser perfectamente liberal ó valiente. Por eso tenemos en la lengua muy pocas palabras para señalar cada virtud, y muchas para cada vicio; y dicen los pitagóricos que el mal participa de la naturaleza de lo infinito, y el bien de lo finito.

¿Pero quién discernirá este bien casi imperceptible en medio de los males que le rodean? la prudencia, á la que llamaré algunas veces recta razon; porque juntando á las luces naturales de la razon las de la experiencia, rectifica las unas con las otras. Su oficio es mostrarnos la senda por donde debemos marchar; y detener lo posible aquellas pasiones que quisieran desearriarnos por caminos cercanos, porque ella tiene derecho para intimarles sus órdenes. Ella es con relacion á las pasiones, lo que un arquitecto respecto á los oficiales que trabajan á sus órdenes.

La prudencia delibera, en todas las ocasiones,

peripatéticos para designar las virtudes y los vicios; pero yo no pretendo haber fijado bien en frances estas acepciones, cuando veo tomadas estas palabras en diferentes sentidos por las demas sectas filosóficas, y sobre todo por la del Pórtico (los estoicos).

sobre los bienes que debemos buscar; bienes difíciles de conocer, y que deben ser relativos no solamente á nosotros, sino tambien á nuestros parientes, amigos y conciudadanos. La deliberacion debe ser seguida de una eleccion voluntaria; pues si no lo fuese, solamente seria digna de indulgencia ó de compasion. Lo es siempre que no nos obliga á obrar una fuerza externa, ó no nos arrastra una ignorancia inculpable. De este modo una accion buena debe ser precedida por la deliberacion y la eleccion, para ser, rigurosamente hablando, un acto de virtud; y este acto reiterado muchas veces forma en nuestra alma un hábito que yo llamo virtud.

Al presente nos hallamos en estado de distinguir lo que la naturaleza hace en nosotros, y lo que la recta razon añade á aquella. La naturaleza no nos ha dado, ni nos ha negado ninguna virtud; y solamente nos concede facultades, para que usemos de ellas. Poniendo en nuestros corazones las semillas de todas las pasiones, ha puesto tambien los principios de todas las virtudes. Por consiguiente, cuando nacemos, recibimos una aptitud mas ó menos próxima para ser virtuosos, y una inclinacion mas ó menos fuerte á lo bueno.

De aqui nace una diferencia esencial entre lo que llamamos algunas veces virtud natural, y la virtud propiamente dicha. La primera es esta

aptitud ó inclinacion, de que he hablado; especie de instinto, que no estando todavía ilustrado por la razon, unas veces se inclina al bien, otras al mal. La segunda es este mismo instinto dirigido constantemente al bien por la recta razon, y obrando siempre con conocimiento, eleccion y perseverancia.

De aquí infero que la virtud es un hábito formado al principio, y dirigido despues por la prudencia; ó si se quiere, una inclinacion natural á las cosas honestas, trasformado en hábito por la prudencia.

De estas nociones se derivan muchas consecuencias. Está en nuestro poder el ser virtuosos, pues todos tenemos aptitud para serlo; mas no pende de ninguno de nosotros ser el mas virtuoso de los hombres, á no ser que haya recibido de la naturaleza las disposiciones que exige semejante perfeccion.

Formando la prudencia en nosotros el hábito de la virtud, llegan todas las virtudes á ser su obra; de lo cual se sigue que en una alma, siempre docil á sus inspiraciones, no hay virtud que no venga á ponerse en su lugar, y no la hay tampoco que sea contraria á otra. Tambien se debe descubrir una perfecta conformidad entre la razon y las pasiones, pues que la una manda, y las otras obedecen.

¿ Mas cómo podremos estar seguros de esta

conformidad? ¿ Cómo nos lisonjaremos de poseer una tal virtud? Al principio por un sentimiento íntimo, y despues por el dolor ó placer que experimentemos. Si es informe todavía esta virtud, nos afligirán los sacrificios que nos pide; si está ya hecha, nos llenarán de una alegría pura; porque la virtud tiene su deleite.

Los niños no pueden ser virtuosos, dado que no pueden conocer ni elegir el verdadero bien. No obstante, como es esencial alimentar la inclinacion que tienen á la virtud, es preciso ejercitarlos en sus actos.

Gobernándose siempre la prudencia por motivos honestos, y exigiendo cada virtud la perseverancia, muchas acciones que parecen laudables, pierden su mérito, cuando se examina el principio de ellas. Unos se exponen al peligro por la esperanza de una utilidad grande, y otros por no ser reprendidos: ninguno de estos es valeroso. Quitad á los primeros la ambicion, y á los segundos la vergüenza, y acaso serán los mas cobardes de los hombres.

No deis el nombre de valerosos á los que son impelidos de la venganza: el vengativo es un jabali que se arroja sobre el hierro que le hiera. No le deis tampoco á aquellos que están agitados por pasiones desordenadas, y cuyo valor se inflama y apaga con ellas. ¿ Pues quién es el hombre valeroso? El que movido por un motivo

honesto, y guiado por la recta razon, conoce el peligro, le teme, y se arroja á él.

Los mismos principios aplicó Aristóteles á la justicia, templanza y otras virtudes; y recorriéndolas todas en particular, las siguió en sus subdivisiones, y fijó la extension y límites de su imperio; porque nos hizo ver de qué modo, en qué circunstancias, y sobre qué objetos debe obrar ó detenerse cada una. Al mismo tiempo aclaraba muchas cuestiones que dividen á los filósofos sobre la naturaleza de nuestros deberes. Esta explicacion, que en sus obras solo está indicada por lo comun, y en que yo no puedo extenderme aquí, le trajo á tratar de los motivos que deben adherirnos inviolablemente á la virtud.

Considerémosla, nos dijo un dia, en sus relaciones con nosotros y con los demas. El hombre virtuoso tiene sus delicias en habitar y vivir consigo mismo: en su alma no hallareis ni los remordimientos, ni las sediciones que agitan al hombre vicioso: es feliz por la memoria de los bienes que ha hecho, y por la esperanza del bien que puede hacer. Goza de su propia estimacion, logrando la de los demas: parece que no obra sino para ellos; y aun les cederá los empleos mas brillantes, si está persuadido á que pueden desempeñarlos mejor que él: toda su vida es activa, y todas sus acciones nacen

de alguna virtud particular. Posee pues la felicidad, que no es otra cosa que una serie continuada de acciones conformes á la virtud.

Acabo de hablar de la felicidad que conviene á la vida activa y dedicada á los deberes de la sociedad: pero hay otra de un orden superior, reservada exclusivamente al corto número de sabios, que lejos del tumulto de los negocios se entregan á la vida contemplativa. Como se han despojado de todo lo que tenemos de mortal, y solamente oyen á lo lejos el susurro de las pasiones, todo está tranquilo en su alma, todo en silencio, menos aquella parte de ella misma, que tiene el derecho de mandar; porcion celestial, llámese inteligencia, ó como se quiera, continuamente ocupada en meditar sobre la naturaleza divina y sobre la esencia de los seres. Los que no oyen otra voz que aquella, son especialmente queridos de la divinidad; porque si es verdad (como todo nos inclina á creerlo), que esta cuida de las cosas humanas, ¿ con qué ojos debe mirar á los que, á imitacion suya, no colocan su felicidad sino en la contemplacion de las verdades eternas?

En las conversaciones que se tenian delante de Lisis, Isócrates lisonjeaba su oido; Aristóteles ilustraba su entendimiento; y Platon inflamaba su alma. Este último le explicaba unas veces la doctrina de Sócrates; otras el plan de

su república; otras le daba á conocer que no hay verdadera elevacion, ni independenciam enterasino en el alma virtuosa. Mas á menudo le manifestaba por menor, que la felicidad consiste en la ciencia del sumo bien, el cual no es otro que Dios. De este modo, mientras otros filósofos se contentan con dar por premio á la virtud la estimacion pública solamente, Platon le ofrece un apoyo mas noble.

La virtud, decia, viene de Dios. Nadie puede adquirirla, sino conociéndose á sí mismo, alcanzando la sabiduria, y prefiriéndose á lo que le pertenece. Escuchadme Lisis. Vuestro cuerpo, vuestra belleza, vuestras riquezas están en vos, pero no son vos. El hombre está todo entero en su alma. Para saber lo que es, y lo que debe hacer, es preciso que se mire en su inteligencia, en esta parte del alma en donde brilla un rayo de la divina sabiduria: luz pura, que insensiblemente conducirá sus miradas á la fuente de donde mana. Cuando lleguen á ella, y contemple todas las perfecciones de este ejemplar divino, conocerá que tiene su mayor interes en copiarlas en sí mismo, y en hacerse semejante á la divinidad, á lo menos en cuanto puede asemejarse una copia tan debil á un tan bello modelo. Dios es la medida de cada cosa, nada hay bueno ni apreciable en el mundo, sino lo que tiene alguna conformidad

con él. Dios es sumamente sabio, santo y justo: el único modo de parecerse á él, y de agradarle, es llenarse de sabiduria, de justicia y de santidad.

Llamado á este alto destino, poneos en la clase de los que, como dicen los sabios, unen con sus virtudes los cielos con la tierra, los dioses con los hombres; y sea vuestra vida el mas feliz de los sistemas para vos, el mas bello de los espectáculos para los demas, el de una alma en que todas las virtudes estén en perfecta armonia.

Muchas veces os he hablado de las consecuencias que se derivan de estas verdades, ligadas entre sí (si puedo expresarme así) con razones de hierro y de diamante; pero antes de acabar, debo recordaros, que ademas de que el vicio degrada nuestra alma, tarde ó temprano recibe el castigo merecido.

Dios, como lo han dicho antes de nosotros, recorre el universo, teniendo en su mano el principio, el medio y el fin de todos los seres*. La justicia sigue sus pasos, dispuesta para cas-

* Habiendo observado estos filósofos que todo lo que se presenta á los sentidos supone generacion, incremento y destruccion, dijeron que todas las cosas tienen un principio, un medio y un fin: en consecuencia Arquitas habia dicho antes que Platon, que yendo el sabio por el camino recto, llega á Dios, que es el principio, el medio y fin de todo cuanto se hace con justicia.

tigar los ultrajes hechos á la ley divina. El hombre humilde y modesto encuentra su felicidad en seguirla : el hombre vano y soberbio se aparta de ella , y Dios le abandona á sus pasiones. Por algun tiempo parece este algo á los ojos del vulgo ; pero luego cae sobre él la venganza ; y si esta le perdona en este mundo , es para perseguirle con mayor furor en el otro. No debemos pues procurar distinguirnos en el seno de los honores , ni en la opinion de los hombres ; sino ante este tribunal terrible , que nos ha de juzgar con severidad despues de la muerte.

Lisis , á la edad de diez y siete años , tenia su alma llena de pasiones ; y con una imaginacion viva y brillante se explicaba con tanta gracia como facilidad. Sus amigos no cesaban de alabar estas prendas ; y le advertian , tanto con el ejemplo , como con palabras y burlas , la sujecion en que habia vivido hasta entonces. Un dia le dijo Filótimo : en otro tiempo se tenia mas cuidado que en el dia con los niños y los jóvenes. No oponian al rigor de las estaciones , sino vestidos ligeros ; y al hambre , los alimentos mas comunes : en las calles , en casa de sus maestros y padres , estaban con los ojos bajos , y con un aire modesto ; no se atrevian á desplegar sus labios delante de las personas ancianas ; y de tal modo se les sujetaba á la decencia,

que se hubieran avergonzado de cruzar las piernas. ¿ Y qué resultaba de esa groseria de costumbres , preguntó Lisis ? Estos hombres groseros , respondió Filótimo , batieron á los Persas , y salvaron la Grecia. — Tambien nosotros los batiriamos. — Lo dudo , cuando en las fiestas de Minerva veo á nuestra juventud , que apenas puede mantener el escudo , ejecutar nuestras danzas guerreras con tanta elegancia y molicie.

Filótimo le preguntó despues qué pensaba de un joven , que ni en sus palabras ni vestidos tenia miramiento alguno de los que se deben á la sociedad. Todos sus compañeros lo aprueban , dijo Lisis. Y todas las gentes sensatas lo reprueban , replicó Filótimo. ¿ Mas por estas personas sensatas , replicó Lisis , entendeis vos esos viejos que no conocen mas que sus antiguos usos , y que sin condescendencia alguna con nuestras debilidades , quisieran que hubiéramos nacido de ochenta años ? Ellos piensan de un modo , y sus nietos de otro. ¿ Quién será el juez ? Vos mismo , dijo Filótimo. Sin recordar aqui nuestros principios sobre el respeto y amor que debemos á nuestros padres , yo supongo que os veis precisado á viajar á paises remotos : ¿ tomareis un camino sin saber si se puede ir por él , si conduce por desiertos inmensos á naciones bárbaras , ó si está infestado de ladrones por al-

gunos parages? — Seria una imprudencia exponerse á tales peligros. Yo buscaria uno que me guiase. — Pues notad, Lisis, que los ancianos han llegado al término del camino que vos vais á correr; camino tan difícil como peligroso. Ya os entiendo, dijo Lisis, y me avergüenzo de mi error.

Entre tanto los felices sucesos de los oradores públicos excitaban su ambicion. Habiendo oido por casualidad en el Liceo á algunos sofistas disertar largamente sobre la política, se creyó en estado de ilustrar á los Atenienses; y censurando con calor la administracion presente, aguardaba con la misma impaciencia que la mayor parte de los de su edad, el momento en que podria subir á la tribuna. Su padre disipó esta ilusion, como Sócrates destruyó la de aquel joven hermano de Platon.

Hijo mio, le dijo, sé que te abrasa el deseo de llegar á la cabeza del gobierno. — En efecto, pienso en ello, respondió Lisis temblando. — ¡Excelente proyecto! Si te sale bien, podrás ser útil á tus parientes, á tus amigos y á tu patria: tu gloria se extenderá no solamente entre nosotros, sino tambien por toda la Grecia, y quizá como la de Temístocles entre las naciones bárbaras.

Al oír esto saltaba de gozo el joven. Para alcanzar esta gloria, añadió Apolodoro, ¿no es

necesario hacer servicios importantes á la república? — Sin duda. — ¿Y cuál es el primer beneficio que recibirá de ti? — Lisis calló, para preparar su respuesta; y pasado un rato de silencio, continuó Apolodoro: si tratases de restablecer la casa de tu amigo, pensarias lo primero en enriquecerle, y del mismo modo procurarás aumentar las rentas del Estado. — Esa es mi idea. — Pues dime á cuánto ascienden, de dónde provienen, qué ramos te parecen susceptibles de aumento, y cuáles están descuidados. Sin duda lo habrás reflexionado bien. — No, padre, nunca he pensado en eso. — A lo menos sabrás en qué se emplean las rentas públicas, y seguramente tu intencion será disminuir los gastos inútiles. — Os confieso, padre mio, que no he pensado mas en este asunto que en el anterior. — ¡Muy bien! Y pues no estamos enterados del ingreso, ni del gasto, renunciemos por ahora al designio de procurar nuevos fondos á la república. — Padre, seria posible tomarlos del enemigo. — No lo niego, pero eso pende de las ventajas que tengas sobre él; y para lograrlas, ¿no será preciso que antes de decidirte á la guerra, compares las fuerzas que puedes emplear con las que te pueden oponer? — Teneis razon, padre. — Dime pues cuál es el estado de nuestro ejército y de nuestra marina, como tambien el de las tropas y naves del enemigo. — No podré

decíroslo ahora. — Acaso lo tendrás por escrito, y me alegraría verlo. — No, no lo tengo escrito.

Conozco, añadió Apolodoro, que no has tenido todavía tiempo de aplicarte á semejantes cálculos; pero las plazas que ocupan nuestras fronteras, han fijado sin duda tu atencion; y así sabrás cuánto número de soldados mantenemos en estos diferentes puestos; tambien sabrás que ciertos puntos no están bien defendidos; que otros no tienen necesidad de defensa; y en la asamblea general dirás que es preciso aumentar tal guarnicion, y reformar tal otra. — Yo diria que era preciso suprimirlas todas; porque así como así cumplen mal con su obligacion. — ¿Y cómo sabes que nuestros desfiladeros están mal guardados? ¿Has ido á verlos? — No; pero lo conjeturo. — Luego será preciso volver á tratar de esta materia, cuando en lugar de conjeturas tengamos nociones ciertas.

Bien sé que nunca has visto las minas de plata que pertenecen á la república, y así no podrás decirme por qué dan menor producto ahora que antes. — No, nunca he bajado á ellas. — En efecto, el sitio es enfermizo; y esta excusa te justificará, si los Atenienses toman en consideracion algun día este objeto. Pero hay otro, que á lo menos no se te habrá ocultado. ¿Cuántas medidas de trigo produce la Atica? ¿Cuántas necesita para alimentar sus habitantes? Bien ves que

este conocimiento es necesario á la administracion, para precaver una escasez. — Pero, padre, nunca se acabaria, si fuese necesario entrar en esos detalles. — ¿Pues qué, el gefe de una casa no debe velar continuamente sobre las necesidades de su familia, y sobre los medios de remediarlas? Por lo demas, si te espantan los detalles, en lugar de tomar sobre ti el cuidado de mas de diez mil familias que hay en esta ciudad, debias desde luego ensayar las fuerzas, y poner orden en la casa de tu tio, cuyos asuntos están en mal estado. — Yo lograria ordenarlos, si quisiera seguir mis consejos. — ¿Y crees de buena fe que los Atenienses, incluso tu tio, serán mas fáciles de persuadir? Teme, hijo mio, que un vano deseo de gloria te exponga mas bien á la ignominia. No conoces cuan imprudente y peligroso seria encargarte de tantos intereses sin conocerlos. Sobran ejemplos para conocer que en los destinos mas importantes, la admiracion y la estimacion son el patrimonio de las luces y de la sabiduria; y la censura y el desprecio, de la ignorancia y presuncion.

Quedó Lisis espantado con el cúmulo de conocimientos indispensables al hombre de Estado; pero no por eso desmayó. Aristóteles le instruyó en la naturaleza de las diversas especies de gobiernos, ideados por los legisladores: Apolodoro en la administracion, fuerzas y comercio,

tanto de su nacion, como de los demas pueblos; y quedó resuelto que concluida la educacion, viajase por todos aquellos que tenian relaciones de interes con los Atenienses.

Por este tiempo volví yo de Persia, cuando tenía Lisis diez y nueve años. A esta edad pasan los hijos de los Atenienses á la clase de los efebos, y son alistados en la milicia; bien que en los dos años primeros no hacen servicio fuera de la Atica. La patria que los mira entonces como sus defensores, exige que confirmen su adhesion á sus órdenes con un juramento solemne. En la capilla de Agraula, en presencia de los altares, prometió Lisis entre otras cosas no deshonrar las armas de la república; no dejar su puesto, sacrificar su vida por su patria; y dejarla mas floreciente que la habia hallado.

En todo aquel año no salió de Atenas; cuidaba de la conservacion de la ciudad; montaba la guardia puntualmente, y se acostumbraba á la disciplina militar. Habiendo ido al teatro al principio del año siguiente, cuando se celebraba en él la asamblea general, elogió el pueblo su conducta, y le dió la lanza y el escudo. Lisis salió al punto de Atenas, y fué empleado sucesivamente en las plazas de las fronteras de la Atica.

Quando regresó, tenia veinte años de edad, y le faltaba una formalidad esencial que practicar. He dicho mas arriba, que desde su infancia le

habian alistado en presencia de sus parientes en el registro de la curia, á que pertenecia su padre. Este acto probaba la legitimidad del nacimiento; pero era preciso otro que le pusiese en posesion de todos los derechos de ciudadano.

Es sabido que los habitantes de la Atica están distribuidos en cierto número de cantones ó distritos, que por sus diferentes reuniones forman las diez tribus. Al frente de cada distrito hay un demarco, que es un magistrado que tiene el cargo de convocar los miembros, y custodiar el registro que contiene sus nombres. La familia de Apolodoro estaba agregada al canton de Cefisia que hace parte de la tribu Erecteida. Nosotros hallamos en este lugar á la mayor parte de los que tienen derecho de opinar en las juntas. Apolodoro les presentó su hijo, y el testimonio de estar ya reconocido en su curia. Recogidos los votos, fué Lisis puesto en el registro; pero como este es el único monumento que puede hacer constar cual es la edad del ciudadano, al nombre de Lisis, hijo de Apolodoro, se añadió el del primer arconte, no solo del año corriente, sino tambien del que habia precedido. Desde este momento tuvo Lisis derecho de asistir á las juntas, de aspirar á las magistraturas, y de administrar sus bienes, si llegaba á faltar su padre.

Vueltos á Atenas, fuimos otra vez á la capilla de Agraula, en donde, armado Lisis de sus ar-

mas, reiteró el juramento que habia hecho dos años antes.

No diré aquí mas de dos palabras sobre la educacion de las niñas. Segun la naturaleza de estados aprenden á leer, escribir, coser, hilar, preparar la lana de que se vistén, y cuidar de los negocios domésticos. Las que son de las primeras familias de la república, tienen una educacion mas esmerada. Como desde que tienen diez años, y algunas veces siete, se presentan en las ceremonias religiosas, llevando unas en las cabezas los azafates sagrados, otras cantando himnos, ó ejecutando varias danzas, les ponen maestros que les dirijan la voz y el paso. En general las madres exhortan á sus hijas á que se porten con prudencia; pero insisten mucho mas sobre la necesidad de andar derechas, de no levantar los hombros, de comprimir el seno con una banda ancha, de ser muy sobrias, y de impedir por todos los medios posibles la gordura, que perjudicaria á la elegancia del talle, y á la gracia de los movimientos.



CAPITULO XXVII.

PLÁTICAS SOBRE LA MUSICA DE LOS GRIEGOS.

Un dia fui á ver á Filótimo á una casita que tenia fuera de los muros de la ciudad, sobre la colina del Cinosargo, á tres estadios de la puerta Melitida, en una situacion amenisima. La vista descansaba sobre pinturas ricas y variadas, y discurriendo por diferentes partes de la ciudad y sus inmediaciones, se extendia luego hasta los montes de Salaminá, de Corinto y aun de la Arcadia.